

María Iraburu

*Rectora de la Universidad de Navarra*

Estimadas autoridades académicas; Arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela; Obispo emérito de Almería.

Presidir este acto *in memoriam* del profesor José Ramón Villar es un motivo de alegría y un honor para mí. Un motivo de alegría, porque me da la oportunidad de estar por primera vez con el claustro de la Facultad de Teología y agradecer su labor; y un honor, porque hoy rendimos homenaje a un verdadero universitario, una persona generosa, con una plena disposición de servicio a la Facultad de Teología y a la Universidad de Navarra, un investigador infatigable y un profesor comprometido con sus estudiantes y con sus colegas.

Como es propio de todo verdadero académico, la actividad de D. José Ramón Villar se extendió más allá de su entorno inmediato. A través del diálogo y de la disposición para abordar proyectos compartidos, se ganó el aprecio y la amistad con profesores de otros centros teológicos. Dio a conocer la Universidad de

Navarra fuera de nuestras fronteras, especialmente en el Este de Europa y en ambientes ecuménicos. Y, siguiendo la estela del fundador de la Universidad en sus deseos de servicio a la Iglesia, estuvo a disposición de diversas diócesis para la formación permanente del clero, fue Consultor de la Conferencia episcopal española y perito en el X Sínodo de Obispos, en Roma.

Y ahora me gustaría mencionar dos aspectos de su perfil académico que me parecen especialmente relevantes para la Universidad de Navarra y para la Facultad de Teología en este momento de la historia. El primero se refiere a la misión de la Facultad de Teología en la Universidad de Navarra. Conocí a D. José Ramón cuando él era Decano de la Facultad y yo una Vicerrectora de Estudiantes todavía inexperta. Eran los años, que ahora nos parecen tan lejanos, en los que se definían los nuevos grados de Bolonia, años de seísmos en la ordenación académica, que lógicamente afectaban también a la Facultad de Teología y, en concreto, a la presencia de las materias teológicas en todas las carreras. En mis conversaciones con D. José Ramón me llamaba la atención su empeño por fomentar la profundidad intelectual de las asignaturas de contenido cristiano que se impartían en las facultades civiles. Más allá de la coyuntura del momento, esa actitud nos remite a la misión de la Teología en la Universidad de Navarra, tal como la vio su fundador. «Una Universidad de la que la religión está ausente

—decía—, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye —sino que exige— las demás dimensiones». Me atrevo a decir que estas palabras nos dan la clave para comprender la doble relación entre la Facultad de Teología y las demás facultades que es característica de su misión.

Por un lado, la Universidad necesita la teología; todas las facultades necesitan y se benefician de su presencia. La teología es protagonista indispensable para el diálogo entre fe y razón, entre ciencia y fe, característicos de una institución universitaria de inspiración cristiana. Un diálogo que libera a la razón de horizontes cerrados y a la vez contribuye a mostrar la racionalidad de la fe y su capacidad de inspirar y orientar a profesores y estudiantes en la búsqueda de respuestas. Aspirar a una presencia cada vez más significativa de la Teología en la Universidad es un sueño que todos compartimos, porque contribuirá a que la universidad sea realmente el espacio de búsqueda de la verdad que desea ser.

Pero en la cita se dice que la teología «exige también las demás dimensiones». Las facultades civiles tienen algo que aportar a la teología. El diálogo con otras ciencias hace que la teología se elabore en el mundo, en el discurrir histórico, en la cultura: el mundo, ese mundo al que amamos, tiene “mensajes encriptados” para la teología. Pienso en concreto en los avances de

la investigación y en el contacto con la experiencia profesional al que tienen acceso las facultades civiles, que son material de reflexión y un suelo fértil para desarrollar proyectos en los que cada área de conocimiento, desde su perspectiva propia, contribuya a una visión más profunda y amplia del hombre, de la sociedad y del mundo. Es, en definitiva, el valor positivo, constructivo de la secularidad lo que está en juego en este diálogo entre la teología y los demás saberes. Un tema muy querido por D. José Ramón, al que debemos agradecer también su trabajo para que la noción teológica de secularidad se hiciera presente en los ambientes eclesiales y teológicos.

En segundo lugar, me gustaría referirme a la capacidad del profesor Villar para impulsar proyectos y movilizar personas. Como dijo con un toque casi poético Alejandro Llano en el acto de apertura del curso 1993-1994: «La Universidad no es una factoría de conocimientos brutos que pasan de mano en mano. La Universidad es un ámbito privilegiado de lo que los clásicos llamaban amistad social. Una amistad que sólo es posible entre los que quieren a otros, precisamente porque quieren con otros. Con otros quieren la promoción de un bien común que trasciende los intereses individuales y hace destellar la benevolencia de la donación generosa y creativa».

Querer con otros; querer la promoción de un proyecto que sirva a los demás. La investigación se

caracteriza por ser una tarea solitaria, pero se enriquece cuando se realiza de forma colaborativa y abierta, contando con la aportación de otros colegas. Aunque por carácter D. José Ramón tendía a trabajar solo, nunca dejó de unirse a proyectos comunes y en sus últimos años lideró un plan de publicaciones en el que muchos de los presentes estuvieron implicados. Su ejemplo es un referente claro de lo que se puede conseguir cuando se investiga con ánimo de aportar a ese bien común que a veces se presenta como un bien arduo, pero precisamente por eso más valioso.

Una presencia significativa de la teología en la universidad; una teología enriquecida por el diálogo con otras áreas; la capacidad de superar la visión propia para implicarse en proyectos compartidos. Son lecciones magistrales que D. José Ramón nos ha impartido con su vida. Tres lecciones más necesarias ahora que nunca. Vivimos tiempos de fuertes cambios y de grandes oportunidades, como los que caracterizaron el comienzo de la Facultad. Puede ayudarnos evocar un encuentro entre el fundador de la Universidad y el entonces decano, D. Pedro Rodríguez: «él esperaba de nosotros una Teología abierta a la nueva sensibilidad, pero indiscutiblemente fiel al Magisterio de la Iglesia». Apertura y fidelidad han marcado el discurrir de la Facultad de Teología y la vida del profesor Villar y siguen siendo el referente para los nuevos horizontes que se abren ante ella.

